

Christian Vandendorpe

DEL PAPIRO AL HIPERTEXTO ENSAYO SOBRE LAS MUTACIONES DEL TEXTO Y LA LECTURA

Presentación

Hasta fines de los años setenta, todavía podía creerse que la computadora sólo tendría aplicaciones en los campos científico y técnico. Hoy nos damos cuenta de que este aparato y las tecnologías que trae aparejadas están revolucionando la manera misma en que nuestra civilización crea, almacena y transmite el saber. Llegado el momento, esta mutación transformará la herramienta más preciosa que haya inventado el hombre para construir sus conocimientos y elaborar su imagen de sí y del mundo: el texto. Y como éste sólo existe en función de la lectura, las mutaciones del primero tendrán repercusiones sobre la segunda, de igual modo que las de la segunda necesariamente acarrearán la instalación de otros modos de textualidad. No se lee un hipertexto de la misma manera que una novela, y la navegación en la web proporciona una experiencia diferente que la lectura de un libro o del diario.

Esta obra está dedicada precisamente a esas perturbaciones que conciernen a todos los planos de nuestra civilización. Ella se inscribe en el entrecruzamiento de trabajos cada vez más cuantiosos que remiten a la historia de la lectura (Chartier, Cavallo, Manguel, Quignard, etc.), el hipertexto (Aarseth, Bolter, Landow, Laufer, etc.), el orden del escrito (Christin, Ong, Derrida), el “fin” del libro y la mediología (Debray).

Inevitablemente, la problemática encarada planteaba la cuestión del “formato”, o, si se quiere, del medio. ¿Había que optar por un libro o por un hipertexto? Aunque su falta de madurez, en último análisis, justifique recurrir al soporte papel para esta obra, podía parecer inconsecuente reflexionar con ayuda de herramientas antiguas sobre un fenómeno tan importante para nuestra civilización como la revolución digital e hipertextual. ¿Cuál sería el valor de un punto de vista que no estuviera apuntalado por ninguna experimentación? ¿No podría sospechar el lector que el ensayista fuera parcial respecto del nuevo medio, se inclinara por una lucha de retaguardia o llevara agua a su molino? Por honestidad intelectual, tanto como por espíritu de investigación, lo esencial de esta reflexión, en consecuencia, fue primero redactado con

ayuda de una herramienta de edición hipertextual elaborada con este fin, y cuyas funciones se refinaron a medida que se ponían en claro sus necesidades. Sólo en la etapa final de la redacción las páginas así creadas se integraron en un procesador de texto y se retrabajaron con miras a una publicación impresa. Un procedimiento semejante era necesario para experimentar de primera mano las consecuencias de la elección de un medio sobre la organización interna y el propio contenido de la reflexión aquí propuesta.

Si en principio el libro posee una función totalizadora y apunta a saturar un campo de conocimientos, el hipertexto, por el contrario, invita a la multiplicación de los hipervínculos, en una voluntad de saturar las asociaciones de ideas, de “extenderse como mancha de aceite” más que de “cavar”, con la esperanza de retener a un lector cuyos intereses sean móviles y en una deriva asociativa constante. Así, cada concepto convocado en el interior de un hipertexto es capaz de constituir una entrada diferente que, a su vez, podrá engendrar nuevas ramificaciones o, más justamente, nuevos rizomas. Debe añadirse a esto que, por su naturaleza, un hipertexto es normalmente opaco, a diferencia del libro, que presenta referencias múltiples y constantemente accesibles. De esto se desprende que la dinámica de lectura es muy distinta de un medio a otro. Mientras que la lectura del libro está ubicada bajo el signo de la duración y de cierta continuidad, la del hipertexto se caracteriza por un sentimiento de urgencia, de discontinuidad y de una elección que debe renovarse constantemente. De hecho, cada enlace hipertextual cuestiona el efímero contrato de lectura firmado con el lector: ¿proseguirá su búsqueda cliqueando sobre la hiperpalabra, o abandonará?

Por fuerza, esta dinámica de la lectura tiene repercusiones sobre la organización del texto, a tal punto el escritor tiende a modular su reflexión en la forma de atención que espera recibir. En el caso que nos ocupa, el pasaje del formato hipertexto al formato libro engendró reagrupamientos considerables y una mayor coherencia de los puntos de vista, la eliminación de una buena cantidad de redundancias y modificaciones de orden enunciativo en las remisiones internas. No obstante, sin duda la obra todavía está fuertemente marcada por la forma primera en la que fue concebida. En vez de estar organizada según una estructura arborescente, se presenta en la forma de bloques de texto, que también pueden verse como capítulos, o más aún como entradas ofrecidas a la reflexión, lo que acerca esta empresa al género del ensayo. La versión hipertextual contenía muchos enlaces de una página a otra, lo que permitía que el lector siguiera el hilo asociativo más apropiado. Para la versión papel, a todas luces, hubo que renunciar a dicha lógica asociativa, lo que agudizó más aún el problema de la disposición de las entradas. El orden cronológico no convenía, debido a que la mayoría de ellas no dependen de una perspectiva histórica. Un orden lógico tampoco era oportuno, porque aquí se

entrelazan varios puntos de vista. ¿Había que escoger entonces el orden alfabético? Desde hace más de ocho siglos, es el que indica al lector que no hay un orden impuesto, como en los diccionarios. Pero sería inexacto suponer que los capítulos de este libro son independientes entre sí. De hecho, fue posible reagruparlos en distintos ramilletes en función de las temáticas encaradas, entre las cuales se descubrirá una indudable continuidad, y por lo tanto es recomendable leerlos de manera secuencial.

El lector también podría escoger la navegación a partir del índice, explorando primero las entradas más densas. Del mismo modo, en la forma de hipertexto, las páginas que presentan más afinidades entre sí son las que poseen más hiperpalabras que se enlazan recíprocamente. Veremos así que la entrada “tabularidad” es la más importante. Si hay en esta obra un hilo conductor, precisamente allí es donde hay que buscarlo, y en el concepto opuesto que es la linealidad. Al espacializar la información, el texto tabular permite que el ojo se pose donde quiere, y que el lector vaya directamente al punto que le interese. A este concepto están estrechamente ligadas las nociones de códice y de *volumen*, y naturalmente la de hipertexto. A todas luces, el conjunto de esta obra está dominado por la cuestión de la lectura, que es encarada desde los diversos ángulos del sentido y el efecto, del contexto, la legibilidad, los filtros cognoscitivos y los automatismos. En último análisis, la manera en que se concibe la lectura también determina la organización del texto y la parte de control que el autor acepta otorgar al lector o que elige reservarse. En ese plano, la computadora tiene el poder de perturbar radicalmente la pauta establecida por milenios de cultura escrita.

Un escollo con que tropieza el proyecto que aquí perseguimos, y que también explica la forma irradiada de esta obra, es la imposibilidad de categorizar las múltiples encarnaciones que puede adoptar el texto, abarcar su infinita diversidad. Ya hace más de dos siglos, los autores de la *Enciclopedia*, al tratar de definir ese objeto informe que es el libro, creían posible proponer las siguientes categorías.

Respecto de sus cualidades, los libros pueden distinguirse en:

- libros claros y detallados, que son los del género dogmático [...]
- libros oscuros, es decir, aquellos cuyas palabras son demasiado genéricas y que no están definidos [...]
- libros verborrágicos [...]
- libros útiles [...]
- libros completos, que contienen todo cuanto concierne al tema tratado. - Relativamente completos [...]

Esta clasificación vale casi tanto como la que una enciclopedia china habría redactado de los animales, según lo que refiere Borges:

Estas ambigüedades, redundancias y deficiencias recuerdan las que el doctor Franz Kuhn atribuye a cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*. En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas.

No creo necesario aclararlo, pero la aproximación aquí presentada no es ni clasificatoria, ni histórica, ni enciclopédica, y sobre todo no pretende ser exhaustiva. Sólo apunta a ofrecer una reflexión sobre una perturbación cultural que se produce bajo nuestra mirada, y tratar de captar algunos de sus desafíos.



Metáforas de la lectura

El término “leer” se origina del latín *legere*, que significa “recoger”. Metafóricamente, la operación de lectura está asociada así a la acción de espigar en la superficie de un campo. Esta concepción de la lectura valoriza su resultado: el lector reunió, recogió, agrupó... ¿Qué cosa? Materiales que lo distraerán o lo harán más sabio, más erudito, porque la lectura también es un medio de asimilar el saber de otro. Por supuesto, la actividad del lector varía, según la naturaleza del texto leído. Uno *examina* un contrato –como para deslindar sus diversas capas de significación encargadas de proteger los intereses de los firmantes –, *devora* una novela, *recorre* una revista u *hojea* un diario.

Con frecuencia, el trabajo de lectura también es comparado con la manera en que la abeja libadora se apropia del polen y lo transforma en miel. Pero la noción de apropiación del saber mediante la lectura puede adoptar formas no tan pacíficas. Así, para Valéry, la lectura es una operación de fuerza mediante la cual se extrae en dos horas la poca substancia de un libro, para no dejar más que un cadáver exangüe:

A mi juicio, un hombre de valor (me refiero al espíritu) es un hombre que se elevó sobre el cadáver de un millar de libros, que en dos horas de lectura sólo bebió la poca fuerza que deambula en tantas páginas. Leer es una operación militar. (pp. 29-30)

Con la digitalización del escrito y la circulación cotidiana de millones de palabras sobre la web, el modo extensivo de lectura va a encontrar

* “El idioma analítico de John Wilkins”, en: *Otras inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé, 1960. [N. del T.]

nuevas metáforas. Cada uno sabe hoy que no se lee un hipermedio: se navega por él, o se surfea. En efecto, parece difícil encontrar términos más apropiados para describir la acción del cibernauta que surfea sobre la cresta de una ola de informaciones incesantemente renovadas o que navega de un nudo a otro en un océano de documentos interconectados. La navegación supone un desplazamiento estimado en un entorno no “balizado”, donde no existen referencias estables, rutas trazadas con claridad. Es una actividad que presenta también peligros y sorpresas: uno puede perderse, recalar en una tierra nueva, encallar en un arrecife (durante varios años eso correspondía al famoso *Error 404*). Antiguas direcciones han desaparecido o se han mudado, nuevas surgen: la información es llevada en un vasto y constante movimiento de marea.

Sin embargo, ¿puede decirse del intrépido navegante que está leyendo? Ciertamente, está obligado a hacerlo para dirigirse de un nudo a otro. Pero, en la medida en que navegue, su lectura será entrecortada, rápida, instrumental y totalmente orientada hacia la acción. Como un surfista, el cibernauta no hace sino deslizarse sobre la espuma constituida por miles de fragmentos textuales. Acunado por el infinito balanceo de los sitios y los textos, parecería que ante todo apunta a volver de su correría con pruebas de su navegación, a menudo consistentes en algunas direcciones más o menos exóticas.

En materia de escritura, la metáfora de la navegación es mucho más antigua de lo que lo permitiría creer su reciente popularidad. Así, Curtius nos enseña que los poetas romanos tenían la costumbre de comparar la redacción de una obra a una travesía en barco. Para Virgilio, componer era “aparejar, ponerse a la vela”.¹ Al final de la obra se entraba en el puerto. Más tarde, Dante pondrá así en guardia a sus lectores: “¡Oh vosotros que, deseosos de escucharme, habéis seguido en una pequeña barca mi nave, que boga cantando, retornad a vuestras riberas, no os hagáis a la mar!”.² Todavía se encuentra un eco de esta metáfora de la navegación en Céline:

Se supone que el lector no ve el trabajo. Él es un pasajero. Pagó su lugar, compró el libro. No se ocupa de lo que ocurre en el puente, no sabe cómo se conduce la nave. Lo que él quiere es gozar. La delectación. Tiene el libro, quiere deleitarse, y a eso me dedico.³

Para Céline, Dante o Virgilio, era al autor a quien correspondía lo esencial del trabajo de navegación; el lector no hacía más que seguir, totalmente deleitado, simple pasajero en un barco cuyo capitán había pensado y escrito para él. Sobre la web, el lector se ha convertido en su propio navegante porque aquí no hay un texto único y, para avanzar,

¹ *Géorgiques*, II, 41.

² *Le Paradis*, 2, 1.

³ Citado por Drillon, 1991, p. 75.

necesita tomar decisiones constantes, al capricho de los nudos que se ofrecen a su vista y que él recorre con una mirada rápida, sin sentar nunca sus reales.

Se observará también que el término de navegación combina la noción de desplazamiento entre documentos con el fin de conocerlos. Mientras que, en la civilización del impreso, el hecho de *hojear* era considerado como secundario respecto del de *leer*, algo muy diferente ocurre en materia de hipermedio, donde la operación de lectura es marginal respecto de la de *surfear*. Así, el hipermedio tiende a engendrar un nuevo modo de consumo de los signos, situado a mitad de camino entre el libro y el espectáculo, y del que ya hablamos a propósito de la hiperficción. En la acción de *surfear*, ciertamente se recupera el movimiento de la lectura, cuyo principio descansa en el usuario que decide acerca de los nudos sobre los cuales cliquea y del lapso que dedicará a la página visitada. Pero, al mismo tiempo, ese lector apenas capta más que imágenes o fragmentos textuales. Y privado del movimiento ofrecido por el texto –sobre todo en su forma narrativa–, rápidamente corre el riesgo de dar vueltas en redondo o de cansarse. Esa forma de lectura, pues, no puede satisfacer las necesidades a que responde el modo tradicional de la lectura ficcional.

Para definir la actividad de lectura se propusieron otras series metafóricas. Mark Heyer distingue entre tres posturas fundamentales: el *atiborramiento*, donde el lector traga sistemática y concienzudamente todo lo que se le propone; la *exploración*, donde recorre una gran masa de informaciones sin tener en mente un objetivo bien determinado; y por último, la *caza*, donde está en busca de una información precisa.

Aunque estos diversos modos, indudablemente, son susceptibles de coexistir en un mismo individuo, corresponden a conquistas intelectuales sucesivas, exigiendo al modo más reciente, que es la caza, herramientas más sofisticadas. El lector en busca de una información ya disponía de instrumentos complejos como son el índice, el diccionario, la enciclopedia y las bases de datos. La computadora permitió refinar todavía más tales operaciones ofreciendo la posibilidad de buscar todas las apariciones de una palabra en un documento determinado.

Más recientemente aparecieron herramientas que permiten que el lector encuentre los elementos de información mínimos conservando ocultos los elementos no deseados. Este modo es particularmente explotado por los sitios web que ofrecen indicios a los amantes de los juegos de aventuras.⁴ Estos hipertextos especializados, que apuntan a echar una mano al jugador bloqueado ante un enigma, destilan las informaciones en dosis infinitesimales, de manera de suministrar la exacta cantidad de indicios para que el lector pueda seguir progresando sin arruinarle el placer del descubrimiento. Si el jugador sigue sin ver

⁴ Véase por ejemplo Universal Hint System: www.uhs-hints.com/

cómo continuar el juego tras haber recibido un primer indicio, pide un segundo, luego un tercero, hasta descubrir completamente el enigma. La metáfora más apropiada a este tipo de lectura sería una operación de excavación en capas concéntricas o de desembalaje de muñecas rusas.



Fronteras del libro

Desde los inicios de los años '90 uno se pregunta regularmente en los coloquios o revistas si el libro electrónico algún día podrá reemplazar al “verdadero” libro.

Para muchos todavía, un “verdadero” libro no puede ser sino una obra impresa sobre papel, que se puede tomar entre las manos, llevar consigo a una playa o en el subte, y que además proporciona sensaciones táctiles y olfativas vinculadas a la materialidad del objeto. Según esta definición, es muy evidente que el documento electrónico jamás podrá acceder a la “dignidad” del libro.

Recordemos que un debate similar ya se produjo en la Roma del siglo III de nuestra era. La ocasión se originó en la interpretación de un testamento en el cual se legaban “los libros” del difunto: ¿había que entender con eso únicamente los rollos de papiro o incluir los códices? Según la opinión jurídica de un abogado de la época, era esta última concepción la que debía prevalecer:

Los códices también deben ser considerados como libros. Se agrupa bajo el apelativo de libros no rollos de papiro sino un modo de escritura que apunta a un fin determinado.¹

Así, este juicio obliga a tomar cierta distancia respecto de la pregunta inicial, y nos recuerda que un libro encierra un escrito con una intención determinada. Esta intención responde a dos imperativos mayores: transportabilidad y permanencia.

Un libro es eminentemente portátil, porque permite transportar un contenido de información mucho mejor de lo que podría hacerlo una colección de tabletas de piedra o cera, o un montón de volantes.

Pero un libro también es un texto o un conjunto de datos visuales que posee un valor y que es posible conservar. Desde tiempo inmemorial, el libro es visto como la quintaesencia del testigo cultural, el condensado por excelencia del pensamiento de los individuos y las sociedades que nos precedieron. Por eso la destrucción de libros siempre fue percibida como una violencia hecha a la cultura y a la historia. Quemar un libro es

¹ Citado por Roberts y Skeat, 1983, p. 32.

querer que desaparezca un pensamiento: los autos de fe son un medio espectacular de designar una doctrina o una obra al olvido colectivo. ¿Puede considerarse que el libro electrónico responde a la doble exigencia de transportabilidad y conservación? Por lo que respecta a lo primero, la respuesta es más bien positiva. Por cierto, las computadoras portátiles ocupan todavía mucho más lugar que un libro de bolsillo, pero su potencial de almacenamiento es infinitamente superior al del papel. Hoy se habla de la posibilidad de guardar dos gigaoctetos de datos en una superficie de un centímetro cuadrado, o sea, ¡el equivalente de 350 mil páginas a una interlínea simple! Así, un individuo podría transportar en el bolsillo de su camisa todo el contenido de la famosa biblioteca de Alejandría. Mañana, sin duda será el equivalente de una biblioteca universitaria del siglo xx. Además, una vez digitalizado, el texto puede ser manipulado con una facilidad que habría hecho soñar a los monjes instalados de por vida en los *scriptoria* medievales. Codificado en SGML, un texto electrónico puede ser exhibido o impreso en cualquier formato, en una tipografía respetuosa de la jerarquía original. Por último, puede ser copiado a la velocidad de la luz y transferido en millones de ejemplares de un continente a otro en algunas horas.

La cuestión de la conservación no es tan segura. Si el pergamino y, en una medida menor, el papiro pudieron atravesar milenios, no se posee casi retroceso para los soportes electrónicos. Al parecer, los CD-ROM pueden resistir al tiempo, pero algunos especialistas nos aseguran que su duración de vida no debería superar los diez años. Y por otra parte, ¿encontraremos todavía lectores capaces de leerlos dentro de cincuenta años? ¿Quién puede leer hoy disquetes de formato 5 1/4? En cuanto a nuestra experiencia de internauta, no es mucho más alentadora. Sobre una lista de enlaces ofrecidos por una página web, cabe esperar que la tercera parte esté perimida dentro de dos o tres años. Las causas de esto son múltiples: el autor del texto se mudó o perdió su cuenta con el servidor, o éste fue reemplazado. El texto electrónico revela aquí sus límites, que son el revés de sus cualidades: es frágil y puede desaparecer en cualquier momento.

Bajo una forma electrónica, el libro es enfrentado así a su postrer avatar. La extremada labilidad del texto y la facilidad con que se lo puede manipular, recortar y copiar contribuyen a convertirlo en un objeto trivial, repetitivo y de un valor más relativo que nunca. Por eso, el libro papel durante mucho tiempo seguirá existiendo en paralelo, como medio de reconocimiento social y cultural.

Hasta hace muy poco tiempo todavía, la cultura escrita era reconocible en elementos materiales y finitos: la página era la unidad de base del libro que, a su vez, constituía la unidad de relleno de un estante de biblioteca. Y ésta, desde Alejandría, era el sitio que apuntaba a totalizar todos los saberes. La virtualización del texto modifica radicalmente esta situación milenaria. Más que simple elemento de la biblioteca, un hipertexto es susceptible de dar acceso a

ésta en su totalidad, sin tener necesariamente una localización material fija. Nuestra representación del saber ya ha quedado perturbada. Mientras el libro estaba circunscripto en dimensiones físicas limitadas, todavía podía acariciarse la idea de que el saber estaba compuesto de compartimentos bien delimitados y con tabiques estancos, a la manera de esos paralelepípedos alineados sobre los estantes de las bibliotecas. Con el hipertexto, resulta evidente que todo elemento de conocimiento está relacionado con una cantidad de otros, en un encadenamiento infinito.

Si un hipertexto carece de límites en el espacio, tampoco los tiene en el tiempo. Las antiguas tecnologías del escrito eran pesadas y estaban ubicadas bajo el signo de la permanencia (*“verba volant, scripta manent”*). Un autor no podía aportar fácilmente modificaciones a su texto una vez que éste había sido grabado sobre una estela, copiado sobre un pergamino o impreso. El texto digitalizado, por el contrario, es modificable a voluntad, y un autor puede retomarlo incesantemente para hacerle correcciones y añadidos. Un hipertexto jamás está cerrado.

Dicho lo cual, es probable que el lector experimente durante mucho tiempo aún la necesidad psicológica de culminar una lectura comenzada, saber que ha recorrido una obra suficientemente para hacerse una idea atinada y coherente. El texto narrativo tradicional está construido por excelencia en función de la palabra “Fin”, que constituye la línea de horizonte hacia la cual el lector avanza a marcha forzada y por la que está impaciente, y en ocasiones desolado, de acercarse. Este horizonte constituye una supervivencia de los grandes mitos explicativos que acunaron la infancia de la humanidad, así como de las historias a través de las cuales todos nos descubrimos y construimos progresivamente. Ciertamente, lo narrativo también puede funcionar sin alcanzar jamás esta frontera, así como lo acredita el éxito de esos relatos por episodios que son los hechos cotidianos y la gesta de las estrellas y los grandes de este mundo, antes de que sean segados por la muerte. Pero el efecto ficción no funciona realmente bien sino en la medida en que el lector se deje absorber totalmente en un relato, lo cual supone un espesor temporal y una plena atención al universo imaginario en curso de elaboración.

Por lo que respecta a la lectura con fines informativos, no cabe duda de que, en el mundo del hipertexto, ésta será cada vez más gobernada por el lector más que por una operación externa de terminación. El libro papel permite que el lector determine su navegación y el trabajo de lectura colocando señaladores. De igual modo, una obra digitalizada puede contener en un rincón de la pantalla un gráfico que indique la parte respectiva de lo que se ha leído y lo que resta leer; una ventana puede exhibir la lista de las páginas ya leídas; los señaladores pueden colocarse sobre las páginas a las que uno querría volver. Esos procedimientos ya son corrientes para realizaciones sobre CD-ROM.

Además, el hipertexto puede dar al lector la posibilidad de reorganizar la masa de informaciones en función de sus necesidades, según un orden cronológico o espacial, o según los personajes en discusión o, incluso, según los tipos de desafíos. En el caso de la navegación sobre la web, los índices se tornan cada vez más sofisticados, siendo el desafío reunir en un espacio tan compacto como sea posible elementos textuales y visuales. Algunas herramientas dan al usuario una visión dinámica global sobre la organización de un sitio complejo, como Hyperbolic Tree, puesto a punto por Xerox e Inxight.

Pero la principal herramienta de que dispone el lector la ofrecen los buscadores, que desdichadamente todavía están aquejados por problemas de redundancia y pertinencia que a menudo transforman las búsquedas en pruebas de frustración. Así, cada uno de nosotros habrá aterrizado ya en una página personal sin interés precisamente cuando se había pedido a su buscador que descubra todos los sitios donde se hablaba de viajes aéreos a precio reducido o reproducciones de obras de arte. Como no es posible impedir que un fulano en busca de notoriedad coloque en su página todas las palabras del diccionario para atraer la mayor cantidad de gente posible, necesariamente habrá que producir analizadores semánticos capaces de estimar estadísticamente el interés de una página determinada en función de un requerimiento. A un análisis de contenido podrían añadirse diversos medios de testear la credibilidad y pertinencia de la información colocada en una página, evaluando sobre todo los enlaces hipertextuales que apuntan o salen de ella. La manera de especificar un requerimiento de búsqueda también deberá hacerse cada vez más riguroso, invitando al usuario a aclarar por ejemplo la red semántica, la cantidad de páginas que debe contener el sitio o la amplitud de los textos.

Así, no cabe duda de que el lector de mañana podrá realizar casi automáticamente, sobre el tema que le interese, compilaciones de páginas espigadas en Internet, y luego recibir la información con ayuda de diversos instrumentos de edición y lectura asistida. Alguien que se interesara en la teoría del caos, por ejemplo, podría lanzar una búsqueda sobre ese término, recopilar las páginas pertinentes, seleccionarlas y reunir las para luego imprimirlas en un cuaderno para su uso personal: esta forma de libro bien podría valer una obra impresa. Por otra parte, algunas editoriales ya comenzaron a explotar comercialmente este filón con colecciones del tipo "Leído en Internet". Y muchos individuos, poseedores de una página web, se consagran indulgentemente a trabajos de compilación, nada más que para poder compartir su pasión por un tema con los "surfeadores" del mundo entero. Por consiguiente, en muchos casos, el proyecto de lectura no será ya determinado por un autor ni por una estructura editorial, sino por elecciones personales organizadas alrededor de una temática y llevadas a término con ayuda de *agentes* informáticos.